la Provincia de Sinaloa, y aun fuera de ella fueron las lamentaciones y clamores de los pobres, tales, que sólo los que las oían las pudieron creer; á que se añadía que con el amor que le tenían apenas hubo Padre en toda la misión de San Ignacio que no le dijese un novenario de Misas, por lo mucho que todos le amaban; y el Padre que le sucedió le hizo solemnemente las honras con todos sus pueblos, que son tres, en los cuales había criado el P. Zambrano excelentes músicos de canto de órgano. Y fué tal el sentimiento de todos los Padres de la misión que no pudieron hallarse presentes, que luego que murió escribieron al Superior el sentimiento con que estaban por la muerte de tal Ministro y operario evangélico, y por la falta grande que había de hacer á todos; y uno de ellos, en breves razones, confirmaba todo lo que hemos dicho en una carta, diciendo: «Nuestro Señor nos ha llevado á nuestro muy religioso compañero el P. Zambrano, cuya muerte puede llorar nuestra Provincia; insigne misionero, incansable operario, grande falta para estas almas y á nosotros de un compañero, tan verdadero Hermano y amigo de paz y de caridad, tan religioso en su modo de proceder y puntual en la observancia de nuestro Instituto y Reglas; en unos pocos días que con él estuve, me aconsejó leyese su libro espiritual, que era el P. Salazar de *Novissimis*, para mi aprovechamiento, en que se echaba de ver que el buen Padre, años antes, se disponía para la hora de la muerte. Nuestro Señor llevó á vuestra reverencia tan á tiempo, para que le ayudase, y la gloriosa Santa Bárbara, su devota, para que le favoreciese en su tránsito y que éste fuese el día del gloriosísimo Arcángel San Miguel, con grande dicha suya. Yo refresco muy á menudo los ejemplos de caridad y demás virtudes que el religioso Padre nos ha dejado, que es el consuelo del alma, y lo que modera nuestro sentimiento: *dilectus Deo, et hominibus, cuius memoria est in benedictionibus.*» Pasó de esta vida á la eterna este santo varón el año de 1652, siendo de edad de 56 años; de los cuales los 40 vivió en la Compañía, y de estos los 30 en el glorioso ministerio de las misiones. Enterróse su cuerpo en la Iglesia de un pueblo del Río de Mayo llamado Santa Cruz, distante cincuenta leguas de nuestro Colegio de Sinaloa; ésta es una buena memoria de las virtudes y ejemplos de santidad que nos dejó para imitar.

Hasta aquí habemos hablado de lo que se ha ofrecido de nuevo y digno de escribir en nuestras misiones de la Provincia de Sinaloa, hasta el presente año de 1653. Y porque también no dejemos de hacer memoria de lo que es digno de ella, y ha pasado en las otras misiones, que entre gentes nuevamente convertidas tiene nuestra mexicana Provincia, escribiremos aquí lo que ha sucedido estos últimos años, desde el 1648 hasta el de 1653, en la misión de la nación Tarahumara vecina á la Tepehuana en el Reino de Nueva Vizcaya. Lo cual se entenderá con las relaciones que aquí haremos de las vidas y dichosas muertes de Padres misioneros de nuestra Compañía, que remataron el curso de sus vidas y santos trabajos en esta misión. Unos derramando su sangre por causa de la fe y por la predicación del santo Evangelio; y otro, que aunque no la derramó violentamente, pero padeció grandes y prolongados trabajos en la conversión de esta gente, y en esta gloriosa empresa también consumó el curso de su santa vida.

CAPITULO IX.

VIDA Y EJEMPLARÍSIMAS VIRTUDES DEL VENERABLE PADRE GABRIEL DÍAZ, QUE REMATÓ EL CURSO DE SUS PROLONGADOS AÑOS, DOCTRINANDO LA NACIÓN NUEVA EN LA FE DE LOS TARAHUMARES.

§ I.

Pasa á la Nueva España, y los primeros empleos que tuvo en ella.

Aunque en particular no tenemos noticia de los primeros ejercicios de virtud de este santo varón en sus juveniles años, pero por el ejemplo grande que en todo el tiempo que estuvo en nuestra Provincia de Nueva España dió de ellos, se colige claramente que le previno Dios Nuestro Señor, muy temprano, para que todo se diera á su divino servicio. Pasó el P. Gabriel Díaz á estas partes el año de 1599, en compañía de otros sujetos que traía el Padre Maestro Pedro Díaz, que había ido por Procurador á Roma, y cuando vino de España tenía 25 de edad y 8 de Compañía en la Provincia de Portugal, porque era natural de Tavora. No se sabe con qué ocasión había venido al Colegio de Madrid, al tiempo que allí llegó el P. Pedro Díaz, y lo que podemos entender es que, como Dios lo tenía señalado y escogido para los empleos de grande gloria suya y bien de las almas, en que en la Nueva España había de ayudar con su doctrina, dispuso Su Majestad que se hallase presente en Madrid cuando el Padre Procurador hacía gente para esta nuestra Provincia. Vino á ella siendo estudiante, y en México acabó sus estudios de Artes y Teología, con tanto aprovechamiento, que fué profeso de cuatro votos en la Compañía. Ordenado de Sacerdote fué enviado por la santa obediencia á nuestro Colegio de Pátzcuaro en la Provincia de Michoacán, donde varones muy señalados y santos de nuestra Compañía se emplearon en la ayuda espiritual de los indios Tarascos, en quienes (como queda dicho en el Libro tercero de esta Historia), siempre se han cogido abundantísimos frutos. El P. Gabriel Díaz, viviendo en él con un ferviente deseo y celo santo del bien de las almas, luego se aplicó á aprender la lengua tarasca, y en ella predicaba y confesaba á los indios con grande ejemplo de religión, sin excusarse jamás de trabajo que en el cumplimiento de este ministerio se le ofreciese. A que añadía el ejercitar los mismos ministerios con los españoles, hallando todos unas entrañas de caridad, para ayudarlos en el bien espiritual de sus almas. En este y en otros colegios de la Provincia, ocupó la santa obediencia por algunos años á este muy religioso y fervoroso operario, el cual donde quiera que estaba, el tiempo que le sobraba de ayudar á los prójimos retirado en su aposento (á que era muy aplicado) lo empleaba á sus solas en silencio, ejercicios de devoción y lección de libros santos.

Por este medio parece iba previniendo Dios Nuestro Señor al Pa-

dre Gabriel Díaz para la última dificultad y gloriosa empresa, donde había de rematar los últimos años de su prolongada vida. Porque habiendo ido del Colegio de Pátzcuaro al de Guadiana, que es de los más remotos de la Provincia, y cercano á las misiones que entre naciones bárbaras ejercita y administra la Compañía, se ofreció ocasión en que fué menester enviar á un Padre misionero que se encargara de la doctrina de unos pueblos de indios muy nuevos en la fe, y que se iban reduciendo de la gentilidad á nuestra santa Iglesia, de una nación llamada Tarahumar, la cual aunque había años que se deseaba reducir (como atrás queda dicho) por varios accidentes no había tenido efecto. Estando, pues, en este tiempo en el Colegio de Guadiana el P. Gabriel Díaz, dispusieron los Superiores que él entrase á doctrinar estos pueblos, 50 leguas más la tierra adentro, y se encargase de esta empresa llena de trabajos y peligros. Conocióse que ésta más había sido disposición divina que humana, porque en este tiempo era ya el Padre de edad madura y de canas, y había trabajado buen número de años en algunos colegios de la Provincia, así con españoles como con indios, habiendo aprendido para este efecto la lengua tarasca, y cuando parece que era tiempo de descansar de los trabajos pasados en alguna casa ó Colegio de la Provincia, lo escogió la santa obediencia para nuevos trabajos de una edad fuerte y robusta, á aprender la lengua bárbara, como lo hizo, á reducir y amansar fieras indómitas, ajenas de toda humanidad y policía. No acobardaron á este siervo de Dios todas estas dificultades, con otras que pudiéramos añadir, para que luego que supo la disposición de los Superiores dejase de aceptarlas, y abrazarlas con una resignación valiente y un ánimo preparado á padecer por Cristo, y por el ayuda de la salvación de las almas que redimió con su preciosa Sangre, todos los trabajos que en esta nueva y no pensada empresa se le ofreciesen. Partió luego á su misión, llamada de San Miguel de las Bocas, distante de Guadiana, como 50 leguas la tierra más adentro. Hallóla como tan nueva en su reducción y asiento, tan pobre de albergue donde poder descansar y de Iglesia donde celebrar los Oficios divinos, que ésta era un jacal ó portal cubierto de paja; y la casa, más para sepultura de muertos que para habitación de vivos; y para su sustento, la Divina Providencia, Madre de pobres y consuelo de obedientes, que confiados se arrojan en sus brazos, porque el sustento más regalado de esta tierra y de los indios que la habitan, es el maíz ó trigo de las Indias y sierras, ó raíces del campo.

§ II.

Del celo y espíritu apostólico con que administró el P. Gabriel Díaz la doctrina que se le había encomendado.

No inquietó ni aun melancolizó el ánimo generoso del siervo de Dios, ninguno de los trabajos y dificultades que en esta empresa se le ofrecían, antes con un valor y ánimo apostólico, abrazándose con la Cruz de Cristo, trató de llevar adelante su misión y doctrina de sus indios bárbaros é incultos. Para esto (como lo tuve por relación que de la vida de este santo varon me envió un Padre que estaba en estas misiones), lo primero que asentó fué vestirse de aquellas entrañas de piedad y misericordia que aconsejó el Apóstol San Pablo á los santos y escogidos de Dios, diciendo: *Induite vos ergo sicut electi Dei, Sancti, et dilecti, viscera misericordiæ, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam.* Y bien hubo menester este escogido Ministro de Dios vestirse y armarse con todas esas virtudes que encarga el Apóstol, para introducir costumbres y vida cristiana en unas fieras del campo, en quienes á veces apenas quedan rastros de humanidad; pero esos son los triunfos de la ley de Cristo y su Evangelio. Trataba á sus tarahumares con entrañas de Padre que deseaba la vida y salud de hijos que andaban más perdidos que el Hijo Pródigo; no perdonaba á obra de caridad con que pudiera ganarlos, porque demás de ser continuo en enseñarles las verdades de nuestra santa Fe y Doctrina Cristiana, les acudía en todo cuanto podía en sus necesidades, repartiendo con ellos de su pobre comida, dándoles á otros el vestido, curando y regalando sus enfermos en el cuerpo, para ganarles las almas.

A esta caridad y benignidad de Padre, supo juntar este evangélico Ministro la virtud muy importante en los tales de la prudencia y autoridad de Padre cuando era menester usar de rigor y castigo como hijos desbaratados. Decíase del Padre que si algún indio andaba desconcertado, el castigo era llamar al culpado y decirle con severidad: «ven acá, perdido, ¿cómo has hecho esto? No me veas, que ni tú mereces que yo te quiera;» y habiéndole dicho semejantes razones, le volvía el rostro y se lo dejaba así, retirándose á su aposento. Y sucedía quedar el indio tan confuso y castigado con esto, que se iba tras el venerable Padre llorando, y arrodillado á sus pies le pedía perdón y prometía la enmienda; y si perseveraba en su dolor el penitente, lo consolaba y acariciaba, poniéndole la mano en la cabeza. Y ayudando Dios á su fiel siervo, se le lograban estas sus benignidades, de suerte que se veía una admirable mudanza en sus indios. Porque aunque es verdad (como la saben los que han tratado con esta gente), que no siempre aprovechan con ellos estos medios de blandura, y por la misma razón aconsejó el Apóstol á su Discípulo Tito, hablando de los cretenses: *increpa illos dure;* que por su mal natural los tratase con aspereza y dureza; pero el buen Padre, esta aspereza y penitencia que merecían sus malos hijos, la libraba en las penitencias y oraciones que él mismo hacía por ellos, con que los sujetó y amansó; de manera que andaban muy concertados en acudir á la Doctrina, á la Iglesia y al trabajo y labor de sus tierras para sustentarse, y muy atentos para poner por obra lo que les mandaba su Padre. Decía otro Padre que después entró á doctrinar esta gente que «había sujetado y rendido el venerable P. Gabriel Díaz estos corazones tan fieros y bárbaros, en premio del ilustre ejemplo de obediencia que él dió, sujetándose con tanto rendimiento en su anciana edad á la disposición de los Superiores, para trabajar en una empresa tan llena de dificultades.» Y vengamos ya en particular á tratar de las demás virtudes que resplandecieron en este Ministro evangélico, y que es razón queden escritas para consuelo de la Provincia, que lo tuvo por hijo, y para nuestro ejemplo.

La virtud de la mortificación es la marca de los que de veras siguen á Cristo, como el mismo Señor lo predicó cuando dijo: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum et tollat crucem suam.* Abrazóse de suerte este siervo de Dios con la cruz y mortificación de su cuerpo,

que su abstinencia era grande, y con ser de sesenta y más años y vivir en una tierra tan falta del sustento ordinario que se da en el más pobre refectorio de cualquier Convento, sin desayunarse jamás se pasaba con unas pasas ú otra fruta seca, si la tenía, y eso en cantidad corta y con gran templanza, añadiendo á eso una escudilla de atole de maíz, comida en las Indias de pobres; la bebida, que en ellas es tan usada del chocolate, jamás lo usó, ni aun en sus postreros y ancianos años; y el que era tan riguroso para sí, no lo era para con sus prójimos en esta materia; y en particular con los enfermos y con los indiecitos que se criaban, enseñándoles á escribir y leer y canto para servir en la Iglesia. Y porque el pueblo donde estaba era paso para los que entraban la tierra adentro, y le era forzoso en tierra tan remota el hospedar estos pasajeros, era notable la caridad que con ellos usaba, repartiendo con ellos cuanto tenía; y tanto, que habiéndose privado á sí mismo de la bebida del chocolate, para estos lo tenía guardado y de respeto, con que duplicaba su mortificación, teniendo á su mano y su vista lo que le podía ser de alivio y sustento, y que es como el vino de esta tierra, y no llegándolo á sus labios. Una ocasión se ofreció, en que con harta edificación se echó de ver la mortificación grande del P. Gabriel Díaz. Habían dispuesto el Capitán del presidio y Justicia mayor de aquel partido, que el siervo de Dios tuviese siempre consigo un soldado de escolta que lo acompañase y amparase en ocasiones que se ofrecen entre gente nuevamente convertida, y entre la cual suele haber algunos gentiles. Tenía gran cuidado el caritativo Padre con el regalo y sustento de su escoltero, porque no fuese molesto ni cargoso á los indios, y el mismo Padre cuidaba y ordenaba lo que se le había de dar para su sustento; compungido de ver este cuidado en el que no lo tenía para consigo mismo, viéndolo de tanta edad, flaco y macilento, trató de que aparte le guisasen alguna cosa de regalo para su sustento; súpolo el siervo de Dios, llegó la hora de la mesa y trájose la vianda y regalo preparado; aquí, sonriéndose el Padre, y con buen agrado, dijo: «bien está, el que mandó hacer los regalos, los comerá;» y dispuso las cosas de manera que el soldado comió lo que había preparado para el Padre, y el siervo de Dios se pasó con su ordinaria porcioncilla y ración; de manera que se podía decir que todo el año ayunaba.

En lo que toca á la templanza del sueño y reposo, fué rara la penitencia que hacía en aquella soledad de misión. Otro español de los que viven en sus haciendas por aquellos parajes, por devoción que tenía al Padre, por su santidad y ejemplo de religión, por causa de los continuos achaques que padecía, le quiso por algunos días acompañar: éste contaba que en el aposento del P. Gabriel Díaz veía toda la noche luz; quiso saber lo que era, y advirtió que cuando el santo viejo se despedía para irse á acostar y descansar, ponía sobre una mesita su candela y Breviario, y arrodillándose sobre dos planchuelas de plomo, y arrimado á la mesa, pasaba toda la noche rezando salmos é himnos, y descansando á ratos sobre su libro, volvía á su ejercicio santo de la oración; el sacrosanto Sacrificio de la Misa lo celebraba todos los días con suma devoción; el Oficio divino lo rezaba siempre de rodillas; en su Iglesia hacía largos ratos de oración; todo lo cual causaba tanta reverencia y aun admiración en aquellos indios bárbaros, que algunos lo miraban como á hombre divino ó celestial.

Al paso que este siervo de Dios se adelantaba en los ejercicios de oración y mortificación, ésta causaba admiración á todos los que veían que le daba Dios, por medio de los fieles, lo que había menester para el servicio y adorno de su Iglesia, y para edificar casa de competente habitación y traer vestidos los que servían en la Iglesia; y por otra parte, ver en su aposento, en sus alhajas y avío para los caminos frecuentes que en estas misiones se ofrecen, una tan grande pobreza, que causaba admiración; en su sotana, en su ropa, en zapatos y sombrero, decían que parecía San Francisco Javier.

§ III.

De otras virtudes que resplandecieron en el P. Gabriel Díaz, y casos singulares que le sucedieron en ellas.

La virtud de la pureza angélica que reinaba en el P. Gabriel Díaz, demás de que resplandecía y se echaba de ver en la compostura de todo el hombre exterior, en la modestia de todas sus acciones y sentidos, pero en lo que dió esa purísima virtud más claras y raras muestras de sí, fué en una ocasión con que el demonio, envidioso de aquellos que por medio de la castidad pretenden ocupar las sillas de los ángeles que cayeron, quiso enredar y rendir á este castísimo siervo de Dios; el caso fué célebre y sabido, y pasó así: encendió llamas de fuego lividinoso la sierpe infernal en el corazón é imaginación de una india del partido y pueblo del P. Gabriel Díaz, la cual ardía en vivas llamas de malos deseos, de hacer presa y manchar su entereza angelical. Andaba como fuera de sí, no comía ni bebía, ni daba sueño á sus ojos, ciegos con la pasión. Y al fin, para salir con su intento, buscó ocasión para entrarse dentro de la casa del Padre y esconderse en el lugar más secreto, donde pudiese verse á solas con él; sucedió así, y viéndose á solas con el siervo de Dios, que iba muy descuidado de la ocasión que le había armado la diabólica india, con acciones y palabras que suele supeditar el demonio, le declaró los deseos que ardían en su corazón.

Aquí el siervo de Dios quedó atónito y helado con tan repentino suceso, y confuso del medio de que se había de valer para remediar aquella miserable alma, que era bien dificultoso en tal ocasión. Porque si con ruido echara aquella india de allí, lo había de causar muy grande en el pueblo, como bien saben los que conocen el genio de esta gente, y aun le levantaran que él y no la india había sido el agresor de aquel delito. Viéndose, pues, el siervo de Dios en este conflicto, invocando el auxilio divino le comenzó á decir: «Hija, no es esto lo que yo os he predicado en la Iglesia; ¿no ves que esto es pecado, y eso sólo basta para no cometerlo, por cuantas cosas hay en el mundo? ¿No ves esta sotana y ropa de Religioso, que no dice bien con lo que tú dices? Acuérdate que he predicado muchas veces que Dios no quiere esto, y al fin ten respeto á mis canas y anciana edad.» Todo esto declaraba con harto sentimiento el siervo de Dios á la india en lengua suya propia, que había aprendido con eminencia. Pero todo era palabras al aire para la que estaba embriagada con el vino de la lujuria; entonces el siervo de Dios y amante de la pureza, viendo la pertina-